



PIERRE MANENT

**La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa**

**Presentación y traducción de Esteban
Molina, Escolar y Mayo, Madrid,
2009, 99 pp.**

ISBN 978-84-9369-880-5

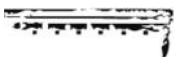
**(La raison des nations. Réflexions sur la
démocratie en Europe, Gallimard, Paris,
2006)**

C Responden todos los nacionalismos a los mismos motivos o a idénticas razones? ¿Defender

la nación sólo es posible desde un enfoque nacionalista? ¿Qué conexión existe entre nación y democracia? A estas preguntas el lector encontrará respuestas, plural y debidamente contextualizadas, en el libro del intelectual francés Pierre Manent: *La razón de las naciones. Reflexiones sobre la democracia en Europa*, editado por Escolar y Mayo con una excelente presentación y traducción de Esteban Molina. La publicación original francesa tuvo lugar en el año 2006, es decir, cuando todavía no estaba plenamente reconocida la presencia de la gran crisis económico-financiera, cuando todavía no gobernaba nacionalmente el ahora líder internacional Obama, pero sí cuando el terrible y criminal atentado terrorista del 11 de septiembre puso sobre el tapete las diferentes formas de pensar esos fenómenos que se habían dado a conocer como globalización, mundialización, construcción europea, euroescepticismo, etc. Hay que decir, antes de nada, que para comprender el sentido esencial de este libro no es necesario leer otros trabajos del autor; no obstante, sí es imprescindible acudir a ellos si lo que se pretende aprehender es el alcance y desarrollo de lo expresado en el mismo, así como la resolución de

algunas preguntas o equívocos que van surgiendo al hilo de su lectura. En especial, se hacen inevitables algunos artículos que fueron recopilados en el año 2007 en un volumen titulado en francés *Enquête sur la démocratie*, y que es de desear que alguna editorial se hiciera cargo de su traducción. De este modo, el lector de lengua castellana tendría acceso a una fuente de conocimiento sobre los debates de filosofía política más interesantes que se han producido y se producen en nuestro país vecino. Leer a Manent es leer un diálogo permanente a varias bandas (Aron, Strauss, Lefort, Gauchet) a propósito del origen y desarrollo de la democracia y de la nación moderna, del individualismo, de los derechos humanos, de la religión, del Estado, del totalitarismo, de lo político, etc. Felizmente, a estos autores franceses se les va dando cada vez más cobertura en la edición castellana, lo cual está siendo posible gracias al encomiable esfuerzo de quienes, como el profesor Esteban Molina, se dedican al estudio y publicación de un pensamiento sobre lo político que no sería nada bueno que continuara siendo silenciado por los cantos de algunas sirenas que, a algunos mandarines, les resultan ser más banalizables o utilizables partidistamente.

En los debates nos encontramos con que la idea de nación es sostenida tanto en nombre de cierto pluralismo comunitarista, como ocurre en algunos casos que se conocen como nacionalismo periférico, así como también apelando a una concepción unitaria y sustancialista de la comunidad política, tal y como sucede con ocasión de los nacionalismos centralizadores. Ahora bien, hay otros que, además de apoyar la nación desde una tercera perspectiva, nos advierten de lo siguiente: ya sea poniendo el acento únicamente sobre la particularidad o haciéndolo exclusivamente sobre la universalidad, en ambos modos de nacionalismo se corre el serio y real riesgo de que, paradójicamente, la idea de nación salga malparada. En efecto, los que prestan su apoyo a la idea de nación avisando del peligro nacionalista, consideran que a ésta le es esencial, como lo mostraría su pretensión original, proponerse como una manera histórica de conjugar, a la vez, lo particular y lo universal, la libertad y lo común. Entre esos otros a los que aludimos destaca, sobre todo, Pierre Manent, quien desde hace unos años viene realizando un análisis de la democracia que según él mismo puede ser juzgado como “defensa de la nación entendida como cuerpo político”. Para este pensador francés lo que define la actual situación de lo político en Occidente, singularmente en Europa, es una entronización de un régimen de democracia sin cuerpo o sin pueblo. En nuestras latitudes europeas la evolución de la política habría conducido a un tipo de comunidad cuya determinación oscila, sin solución aparente, entre un localismo particularista, donde sólo cuenta el sujeto deíctico del aquí y ahora, y una especie de mancomunidad europeísta en la que los sujetos son mera gente de ninguna parte o sitio. La clave de este hecho la aportaría el desmantelamiento de la nación llevado a cabo gracias a la gradual transformación de lo que Tocqueville llamó el “sentimiento del semejante” —como núcleo irradiador de formas de vida democráticas— en una grosera “pasión de la semejanza”. Ésta, como añadido, estaría conduciendo a una abstracción del universalismo o a una confusa idea de humanidad que termina negando de manera fóbica toda diferencia o particularidad relevante. Para Pierre Manent la desvalorización del Estado nacional no ha hecho sino reforzar la progresiva “sustitución del gobierno por la gobernanza”, es decir, por un tipo de régimen político amorfo donde el gobierno representativo acaba por no representar y por no gobernar. Esto sucede en la misma medida que el “vaciamiento de sustancia política de la democracia” es el reflejo de un modo de reducir lo común —aquello que transforma al indivi-



LIBROS



PIERRE MANENT
La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa

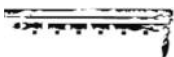
duo engrandeciéndolo en tanto que sujeto de la cosa pública— a lo que de “denominador común” tienen todos los individuos —los abstractos e identificadores derechos humanos— y que hace que todos nosotros seamos lo(s) mismo(s) en un marco de universalismo individualista. Manent, al igual que Marcel Gauchet, aunque no por idénticos motivos, desconfía del potencial político que ofrecen los derechos humanos concebidos como fundamento y fin de la acción de gobierno.

Si bien estamos ante un historiador analítico del liberalismo, ello no nos impide entender su obra como una relectura, no totalmente explícita, del concepto de igualdad. De hecho su tesis, de que los intentos de aniquilar la nación son el último modo que la democracia tiene de negarse a sí misma, no es sino la relectura actualizada de lo que Aron escribió a comienzos de los años sesenta: “Renegar de la nación moderna es rechazar la transferencia a la política de la eterna reivindicación de la igualdad”. Por ello, frente a los últimos ataques dirigidos contra el Estado nacional, frente a la autorrenuncia de las distintas naciones europeas en aras de una Europa anónima, Manent hace el llamamiento “a continuar la aventura europea, cuya larga frase inacabada persigue anudar lo más estrechamente posible la libertad y la comunión, anudarlas hasta que se confundan”. Es el llamamiento de quien pudiera ser muy consciente de que en el trabajo de construcción de la democracia hay algo en común con la subida de Sísifo en el Averno y con la bajada de Moisés en el Sinaí. Si Marcel Gauchet supo, en su día, expresar lo que de incierto y perenne hay en la democracia como régimen político, por cuanto éste consiste en el gobierno de sí mismo a través del gobierno de otros, Manent, por su parte, ha sabido discernir la perennidad de la democracia en tanto que necesitada de forma política, es decir, en cuanto democracia nacional, al constatar que nuestra época es la del gobierno del pueblo sin pueblo.

Ahora bien, hemos de indicar que quienes sólo están por la labor de dar por buenos los discursos que se pronuncian a favor de una organización postnacional, no ya de Europa, sino incluso de todo el planeta, encontrarán casi aberrantes las propuestas de Manent. Por contraste, las tesis expuestas por este pensador sonarán como un provocador reto para seguir pensando a quienes asumen la tarea del pensamiento como un trabajo de confrontación constante entre diferentes definiciones de categorías, variadas interpretaciones trascendentales de los hechos, contrarias validaciones de argumentos, múltiples justificaciones de intuiciones y de alusiones plasmadas en la reformula-

ción de problemas eternos del hombre. En efecto, es precisamente una pregunta por el hombre lo que Manent entiende estar haciendo cuando se cuestiona la naturaleza y la forma de la democracia. La fundamental y fundadora pregunta “¿Qué es el hombre?” forma parte esencial de la filosofía política de Manent donde se interroga sobre el hombre moderno, el hombre democrático, el hombre de la nación y el hombre del Estado, el hombre de la separación de poderes, de la separación de la Iglesia y el Estado, o sea, sobre el hombre entendido como sujeto de la voluntad emancipada, que es tanto como el sujeto en cuyo consentimiento se funda lo común y propio de la comunidad política.

En sus escasas cien páginas, no obstante, el lector que no se acomoda al sectarismo campante ni a la triunfante reducción del pensamiento a eslóganes partidistas, encontrará material suficiente para poner en cuarentena todos los aportes que desde los distintos pensamientos de lo postnacional (como los de Habermas o Jean Marc Ferry) han sido asumidos como formulaciones de un nuevo catecismo secular. La obra de Manent está llena de matices y de distinciones, todo lo contrario de lo atiborrado que está nuestro cultural teatro de vanidades donde todo se reduce a la manipuladora y propagandística distinción entre progresista y conservador. El trabajo de este autor, desde luego, es para discutirlo pero no para despacharlo como lo harían esos pamplineros que en cuanto ven el nombre de Aron salen corriendo como si viesen a Lucifer vestido de liberal. Tampoco es una obra para aquellos que al ver citado a Leo Strauss creen estar en presencia de la reencarnación filosófica de los consejeros corruptos de algún corrupto presidente de los Estados Unidos. Claro que en un país como el nuestro, donde la idea de nación se conserva y desaparece, a la par, por ser tan discutida y discutible como indiscutida e indiscutible se muestra, digo, en un país así no sabe uno bien qué acogida podrá tener una obra de las características de Manent. Estimo que, precisamente por ser nos como somos, no nos vendría mal oír este tipo de discursos o pensamientos tan vigilantes con la experiencia, si es que buscamos dejar de ser como somos para poder llegar a ser y a vivir más acordes con el ser y el vivir del hombre democrático, ya invariablemente por rehacer. ¿Cómo no sentirse interpelado, en medio de las trágicas extravagancias de los enfrentados nacionalismos de nuestro país, cuando leemos a Manent escribir que “despojando a la nación de su legitimidad, el movimiento democrático actualiza las comuniones predemocráticas”? Está claro que lo que hay bajo este término de *nación* utilizado por él no es lo que en España entienden por nación los unos contra los otros. Y qué decir respecto de esa (im)postura política que se afana —pediátrica, pedagógica y geriátricamente— en vincular el desarrollo de nuestra democracia con la laicización irreflexiva y simplista. ¿Cómo no sentirse instado cuando leemos en la obra de Manent que si queremos no escapar a nuestra condición de europeos “hemos de volver a aprehender a hablar políticamente, o sea, objetivamente, de la religión”? Evidentemente esta verbalización no puede ser del gusto de quienes creen que *democracia* es igual a *sentimentalización* subjetiva de la religión. Así como, según Manent, “la separación entre los grupos humanos no puede ser superada completamente y que esta feliz impotencia es la condición de la libertad y la diversidad humana”, también en el campo de la religión es preciso afirmar que “si la separación de la Iglesia y el Estado es muy valiosa como regla de nuestras acciones, se volvería ruinosa si la hiciéramos la regla de nuestro pensamiento, pues lo político y lo religioso no están nunca enteramente separados ni son separables, sólo podemos comprenderlos si no los separamos”. Son justamente estas dos enseñanzas las que extrae de lo sucedido el 11 de septiembre de 2001 comprendiéndolo como “catástrofe inaugural de una nueva época”.



LIBROS



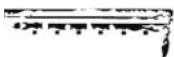
PIERRE MANENT
La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa

Simbolización ésta que puede resultar hiperbólica, pero menos hiperbólica que aquella que han hecho otros, con Habermas a la cabeza, de las manifestaciones del 15 de febrero contra la última guerra de Irak. De todos modos, más allá de la posible exageración semántica de algún acontecimiento, o de si la sugerida periodización en etapas del desarrollo de la democracia es o no acertada, resulta innegable que la doble conclusión a la que Manent llega, tras la emergencia política del islamismo terrorista, funciona como un radical impulso para pensar más allá del choque nihilista de civilizaciones y de la estúpida megalomanía de la alianza de civilizaciones.

A este respecto el lector del libro hallará en él seis tesis, no expuestas formalmente por Manent con intención sistematizadora, pero sí expresadas literalmente y con una ligazón comprensiva que no deberían pasar sin más para quienes persiguen comprender la verdad que hay detrás del hombre democrático. Esas tesis quedarían formuladas del siguiente modo: 1) La constatación de “la impenetrabilidad recíproca de las comunidades humanas, pese a la prodigiosa y siempre creciente facilidad de las comunicaciones, pues éstas por sí mismas no producen la comunidad”; 2) El reconocimiento de que “los instrumentos tan cómodos y los placeres tan comunicativos de la vida moderna no son suficientes para suscitar entre las comunidades humanas una vida efectivamente en común”; 3) La convicción de que “la comunicación por sí misma no produce la comunidad, es la comunidad la que produce y mantiene la palabra, y nosotros los europeos deberíamos estar especialmente advertidos del carácter político de la palabra”; 4) La postulación de que “si la vida humana se desarrolla entre prosa y poesía, entre la prosa de lo útil y la poesía de lo noble y lo grande, se ordena sin embargo por mediación de lo justo, que es el trabajo propio de lo político”; 5) El consejo de que “la comprensión recíproca supone compartir una misma comunidad política o, al menos, pertenecer a comunidades cuyos regímenes políticos y experiencias colectivas sean próximos”; 6) La exhortación de que “hemos de restablecer el entendimiento de la continuidad de la historia europea en lugar de suponer que salimos hace cincuenta años de largos siglos de paganismo nacional arropándonos con el blanco abrigo de una democracia por fin pura, es decir, no nacional”. Salta a la vista, de forma muy clara, que si el lector “pirómano” lo precisa, tiene aquí material suficiente para pegar fuego a más de cuatro charcos que, por lo común, nos los exhiben alucinógenamente como lagos impolutos.

El libro de Manent consta, además de

la breve pero cabal presentación de Esteban Molina, de un escueto prólogo seguido de una introducción y tres capítulos. En el prólogo se nos señala la singularidad del libro respecto de otros del autor y se adelanta su finalidad de ser una respuesta a la dolorosa percepción que se tiene de la desaparición de la nación y a la necesidad de repensar el problema teológico-político. El supuesto básico sería la nación como fuente de una comunidad política en vías de construcción democrática. En el primer apartado del libro se expone la situación actual en la que tras el “imperio de la democracia” se produce una entronización de la unidad de lo humano basada en una abstracta idea de humanidad. Manent diferencia las dos versiones de ese imperio del régimen democrático: el modelo norteamericano, que si bien pivota sobre la idea de una nación central lo hace bajo la perspectiva de una unidad mundial donde no haya diferencia colectiva alguna; y el modelo europeo, donde la nación central encuentra su análogo en “una agencia humana central” desligada de cualquier territorio o pueblo. Todo esto conduciría a una concepción pura de la democracia basada en los derechos humanos, pero exonerada de la tarea de una deliberación colectiva. Manent abundará en las diferencias que existen entre lo que llama una “democracia nacional” y una “democracia extrema”, conseguida ésta por medio de un trabajo de extensión espacial y de estrechamiento temporal. El resultado de lo cual es, para nuestro autor, una redefinición del tiempo y con ella una democracia donde prima el respeto absoluto a todas las identidades, todos los pasados y todas las culturas, sin posibilidad de juicio diferenciador o jerarquizante referente a los mismos. En el capítulo primero se parte de la idea de Tocqueville de que la democracia es la igualdad de condiciones, para exponer a continuación las grandes líneas evolutivas por las que ha transcurrido la historia de la democracia hasta llegar a nuestro período actual en el que el Estado soberano está llamado a perder la relevancia que tuvo en otros momentos. Según Manent, en la historia de la democracia hay un sustrato permanente que él denomina el “sustrato tocquevilliano”, puesto temporalmente en duda con la aparición de la cuestión social por parte del movimiento marxista, pero que renacerá con la cuestión totalitaria planteada por la revolución del 68, donde el renacimiento de la idea de igualdad o semejanza daría al régimen democrático paso a la legitimidad unánime. Pero lo importante es, para Manent, que en la actualidad estamos abandonando, de nuevo, el enfoque tocquevilliano en el que predominaba la institucionalización de la soberanía popular bajo la forma del Estado nacional democrático. Lo que estaría ocurriendo en nuestros días es la separación entre derecho y poder soberano, de modo que el acento recae sobre “el poder del derecho” poniendo en un segundo plano el poder político legítimo de un Estado soberano que era básicamente el garante de la igualdad. Manent considera que el desprecio hacia el Estado soberano se debe a una prolongación radical de la crítica liberal al poder del Estado (1), al hecho de que el Estado ya no se considera un instrumento necesario de igualdad (2), sino que incluso se muestra en muchas ocasiones como un obstáculo para la misma (3), por lo que en opinión de muchos se hace imprescindible su desaparición. Eso que, de todas maneras, sirve como documentación certificadora de la defunción del Estado soberano es la abolición de la pena de muerte en los Estados europeos, por cuanto esto supone desposeer al Estado del monopolio exclusivo que otrora tenía sobre la vida y sobre la muerte. Manent dedicará casi el diez por ciento de las páginas del libro a analizar este proceso y a explicar la diferencia existente entre Europa y EEUU en relación con la concepción del Estado soberano como instrumento de garantía de igualdad. Si en el capítulo primero se analiza la merma de la soberanía, el siguiente capítulo —bajo el epígrafe de la nación— ofrecerá la



LIBROS

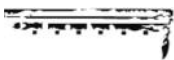


PIERRE MANENT
La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa

argumentación de que dicha mengua conlleva una crisis letal de representación. Una vez que Manent “patrona” los atentados terroristas del 11 de septiembre y hace explícitas las tesis que anteriormente hemos sintetizado, argumentará que el Estado es cada vez menos soberano y menos representativo debido a que, en los últimos años, han aparecido dos instrumentos de la democracia que son más bien medios técnico-funcionales que políticos. Cada uno de esos instrumentos no ha hecho sino ir en contra de las dos características definitorias del Estado nacional democrático: la construcción europea, por una parte, ha anulado la idea de soberanía nacional, y la existencia de un Estado providencial de derechos subjetivos, por otra, ha cambiado el sentido de la representación. Ésta pudo conservar durante dos siglos una ambigüedad en el sentido de que si bien los gobernantes veían en los gobernados a sus representantes, sin embargo, percibían en estos a unos malos representantes sobre los que siempre habría una diferencia política que salvar. Pero, en la actualidad, el Estado ha pasado de ser un órgano de representación a ser un órgano de garantía y satisfacción de derechos, con lo que los ciudadanos sólo se identifican entre sí no como colectivo político, sino en cuanto colectivo de reclamantes que en modo alguno son ya representables y que, por tanto, no pueden ser subsumidos bajo la categoría de pueblo. De este modo, la distancia entre los gobernantes y gobernados se hace cada vez más insalvable, el pueblo constituido en nación desaparece en beneficio de unos asociados en orden a derechos y el gobierno se transforma en una simplificada *gobernanza* administrativa. Por causa de ésta, el sentido de la democracia deja de ser político para atenerse, sólo y exclusivamente, a la simple aplicación de una regla de derecho, lo cual convierte a la democracia en un régimen donde impera la “finalidad sin fin”. Este hecho produce, a su vez, que la pregunta política deje de ser política para reducirse a una cuestión ético-jurídica. En este contexto argumentativo, Manent analizará la pretensión del Estado turco de formar parte del club de la Unión Europea como un claro ejemplo del modo en que no debería haberse planteado la cuestión: no se trata de derechos, es decir, de por qué no puedo formar parte de un conjunto que no está definido en modo alguno de forma apriorística, sino que el asunto va de política, donde no es cuestión de la obligación que tenga una comunidad de naciones de aceptar a otra comunidad como parte de ella. A este propósito, Manent avanzará lo que en el capítulo tercero, y último, tratará de justificar: la necesidad imperiosa de pensar objetiva-

mente la religión. Precisamente este último apartado del libro puede resultar más equivoco y más polémico dada la situación mundial a la que ha conducido un modo de vivir terrorista-mente la religión musulmana. Y también es el capítulo donde algunas nociones centrales, tales como la de “hablar políticamente de la religión” y la de “una Europa que es cristiana”, no son determinadas con la extensión que debieran. No obstante, dejándose llevar por un principio de generosidad semántica y basándose en otros trabajos de Manent, es posible interpretar, sin demasiado espíritu aventurero, el sentido de sus valientes opiniones. Porque no lo olvidemos, en este asunto, hablar con la libertad y la responsabilidad propias de una valentía cívico-democrática siempre puede costarle a uno que le condenen a muerte, y esto no ya por su propio Estado o por el de otros, sino básicamente por quienes aspiran a formar un Estado teocrático cuya idea de nación nada tiene que ver con la idea de un Estado nacional democrático.

No debe nunca el lector olvidar que para Manent la nación es digna de atención como “forma política”, en tanto que cuerpo o comunidad de acción, y no como fuente de identidad. Lo que los diversos Estados europeos pierden con el proyecto de construcción de Europa es esa fuente de acción, de ahí que a la Unión Europea le sea idiosincrásica una peculiar forma de *quietismo*. Europa se estaría construyendo a espaldas de aquello que para la nación es esencial como delimitación de la praxis política: la población y el territorio. A la hora de verse a sí misma, de responderse a la pregunta de qué es ella misma, Europa ha perdido los referentes del pueblo y de la tierra. Y, sin embargo, le sigue siendo necesario dar una respuesta cabal a la pregunta por su ser y su actuar. Manent propone que para esto se dirija la mirada a las dos comunidades que interpelan a Europa desde su singular modo de relación con ésta: el Islam y el Estado de Israel. Si Europa desea construirse a partir de los valores de la neutralidad laica y de la apertura absoluta a la humanidad del *otro*, entonces habrá de ser coherente y prestar oídos a cómo es valorada o definida por ese *otro* que son el Islam y el Judaísmo. El primero, encarnado en Turquía, es una comunidad que llega con pretensión de entrar en Europa, y el segundo, materializado en Israel, es una comunidad que salió de Europa para formarse como Estado a tenor de la fallida solución liberal de la asimilación. Lo fundamental es que el mensaje que llega desde ambas comunidades es que Europa es percibida, desde fuera, o bien como una comunidad de cruzados que no resulta ser tan neutra y poco sustantiva como a menudo se estima, o bien como una comunidad de liberales cuyo ideal de humanidad pura resulta inútil para la emancipación política de lo particular. Europa, nos dice Manent, se ha “vaciado políticamente” para magnificarse desde un tipo de moral que sólo ve por los ojos de lo general o lo universal, de manera que por ahora permanece inquietamente instalada en lo políticamente correcto. Pero justamente el Islam y el Judaísmo, en su relación con Europa, estarían signando los límites de tan abstracto humanismo universalista. De ahí que si lo que resulta ineludible es la construcción de Europa, entonces ésta —si ha de realizarse en beneficio del hombre democrático— tendrá que imponerse como labor propia el indicar qué significa que Europa es aquello que *el otro* dice que es: es decir, Europa tendrá que tratar de pensar qué significa que Europa (no los europeos) es cristiana. Esto refiere lo que para Manent implica pensar políticamente la religión, no desde un enfoque subjetivo, sino objetivo, o sea, tratando de redescubrir “la promesa de comunión contenida en la propuesta cristiana”. Si bien ésta fue desplegándose, a través de la historia, primero en una Europa imperial y después en una Europa nacional, hoy necesita encontrar su lugar en un nuevo *nombre* para Europa, el cual es solicitado constantemente desde *el otro* y no debería nunca ser



LIBROS

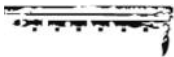


PIERRE MANENT
La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa

encontrado al precio de una renuncia total a sí misma. Europa, estima nuestro autor epigrafiando a Montesquieu y a Voltaire, necesita ir más allá de la ilusión liberal o socialista del progreso y debe ponerse a pensar sin cobardía en la religión y la política como modalidades de la comunión que no pueden nunca desligarse por completo. Si Europa quiere tener voz y acción en “un mundo presente que se organiza según polaridades políticas que coinciden con divisiones religiosas”, entonces —concluirá Manent— no deberá renunciar a pensar el elemento religioso de los actuales conflictos mundiales, o sea, a comprender el presente y a comprenderse a sí misma. Esto no significa que se azuce irresponsablemente una visión que tienda a convertir la conflictividad en una guerra de religiones o de civilizaciones, pero tampoco en una visión cobarde que más que significado lo que aporta es un espejismo de la realidad. Manent sabe muy bien que así como el sentido de la ciudad no está en ser algo familiar, tampoco el sentido de Europa estaría en ser la puerta de una humanidad descarnada. Tal vez por ello, cuando se trata de Europa, o sea, de algo que ni es nación, ni imperio, ni ciudad, entonces se precisa retomar aquello que hace de la comunidad un cuerpo, aquello que, en la actualidad, se debería representar como “irreemplazable cuadro de la deliberación sobre la justicia”. Y para esto es imprescindible hablar y pensar políticamente la religión, seguir pensando bajo qué forma política se quiere que Europa intente resolver una vez más, de manera constantemente abierta o democrática, el problema teológico-político que da vida concreta a la pregunta: “¿Qué es el hombre?”.

La propuesta de Manent es susceptible de analizarse y valorarse sobre criterios de política internacional que nos faciliten discutir sobre lo atinado de sus análisis históricos o sobre sus apreciaciones sobre el Islam, Turquía, Palestina o Israel. Podríamos, igualmente, acercarnos filosóficamente a su discurso y medirlo con las argumentaciones de Habermas, e incluso podríamos realizar un análisis inmanente rastreando lo que de Aron o Strauss hay en su pensamiento. Asimismo, cabría indagar las similitudes y diferencias que existen entre este modo “francés” de recuperar lo religioso como objeto político de reflexión y el propuesto por otros pensadores, aquí en España, que siguen la estela del nuevo pensamiento de Benjamin o de Rosenzweig. También resultaría interesante desentrañar las fuentes de investigación sobre el fenómeno de la nación que están implícitas en el libro que ha dado pie a este comentario. En fin, si lo deseamos hasta podríamos dedicarnos a

descuartizar, desde lo políticamente correcto (una forma más de negación de lo político), un discurso que en tan pocas páginas se presenta con tantas pretensiones, desembarazándonos así de la responsabilidad de responder las graves preguntas sobre la “condición europea” que dan contexto a la gravedad del asunto relativo a la condición humana. Pero de lo que ningún lector escapará es del impacto resultante de que alguien venga a decirnos que la nación tiene su razón y que ésta nos impele a hablar políticamente de la religión. No sé hasta qué punto Manent conoce la experiencia nacional y religiosa de España. No sé qué mantendría él de su discurso, o qué modificaría, a la luz de la realidad político-religiosa de nuestro país. Desde luego lo que sí sé es que sus palabras ofrecen un instrumento de reflexión viva en relación con nuestra vida sociopolítica. Necesariamente ha de resultarnos chocante un libro donde se defiende la idea de nación, frente a un proceso de construcción de Europa, si resulta que en nuestro país el desmantelamiento de la nación o del Estado, del que habla Manent, no se realiza sólo en dirección hacia afuera, sino que precisamente también tiene lugar por el reforzamiento de las naciones que lo componen. El discurso tiene un límite en la experiencia española, como lo tiene en la experiencia de los países del Este que se resisten a perder su entidad nacional a pesar de pretender formar parte de la Unión Europea. No cabe la menor duda que “la razón de la nación” de Manent interpela, y de qué manera, sobre lo que de razón pueda haber en la idea de nación defendida por los nacionalismos catalán, vasco y gallego; pero también sobre cómo podría tomarse, valientemente en consideración, la cuestión no ya de España, sino de España como nación. En nuestro país hay muchísimos que se protegen con sedoso papel de fumar cuando de la nación y de la religión se trata. ¿Cómo pensaría Manent que sería acogida su propuesta de pensar y de hablar políticamente de la religión en un país donde los políticos han convertido la política en su religión? Aquí, la mayoría de los gobernantes no es que hayan acabado por conformar una clase, lo que han dado de sí ha sido una casta sacerdotal que vive religiosamente la política, de forma que hablar políticamente sin ser político es una amenaza para su estatus y mucho más si de lo que se habla es de religión. Por su parte, la mayoría de los creadores de opinión sucumben a la tentación actual de juridizar la vida religiosa en clave de derechos individuales; zanján la cuestión religiosa metiéndose en el refugio constitucional que asegura mantenerse en el espacio subjetivo al precio de debilitar la condición política del ciudadano, es decir, se recogen en la cálida ensenada de lo individual por miedo a ahogarse en las bravías corrientes del océano de lo público. ¿Y qué decir de las autoridades religiosas? Si los gobernantes viven religiosamente la política y los intelectuales viven subjetivamente la religión, aquellas continúan viviendo políticamente la religión, con lo que en ningún caso se *piensa* políticamente la religión. Lo de la permanencia del viejo anticlericalismo o de la reacción nacionalcatólica no son sino las andanadas propagandísticas que se lanzan unos a otros pero que, en verdad, ocultan el verdadero problema de fondo: la ausencia de un pensamiento que sea digno de oírlo cuando comienza a ser verbalizado públicamente, es decir, políticamente. Si alguien quiere comprobar cómo se tratan en nuestro país la religión y la nación, no tiene nada más que ver la fórmula jurídico-moral, pero no política, que los tribunales de justicia han dado a la solución de la “querrela de la educación para la ciudadanía” o esperarse a ver —¡esperarse!— qué solución, no política, sino sacerdotal, se dará a “la querrela del estatuto de Cataluña”. Claro que aquí tenemos una ventaja, ésta consiste en que mientras de Obama no sabemos si cuando visita los países árabes habla como líder político o como líder creyente, de todos nuestros gobernantes sí sabemos que en



LIBROS



PIERRE MANENT
**La razón de las naciones.
Reflexiones sobre la democracia
en Europa**

estos asuntos ni piensan ni hablan políticamente, porque sólo se limitan a vivir en lo “bibianamente” correcto.

Ciertamente, este libro de Manent pone punzantes dedos en dolorosas úlceras, pero no quisiera terminar sin poner el mío en la que considero la herida más profunda que Europa sigue ocultando tras su activismo *quietista*. Todos conocemos los deseos de Turquía sobre su integración en la Unión Europea; ahora bien, ¿nos hemos puesto a pensar qué significaría lo siguiente?: o el Estado de Israel llega a solicitar su entrada en dicha Unión o alguno de los actuales miembros toma la iniciativa de realizar cooptación del Estado de Israel como miembro de derecho de la Unión Europea. Pues seguro que ya no se hablaría del desequilibrio de la población, de la coexistencia del problema del Estado palestino..., seguro que una vez más veríamos aparecer múltiples cuestiones acerca de la verdadera condición humanitaria de esta Europa en construcción, cuestiones que nos llevarían a tener que pensarnos, sin más remedio, como cuerpo cristiano siempre afanado en extirpar lo que en su ADN quede aún de judío. ¿No será que al haber esquilado nuestro elemento judío hemos encogido peligrosamente nuestra capacidad de pensar políticamente la religión y, con ello, de reflexionar sobre la democracia?

Tomás Valladolid Bueno